

co y reventando las bombas casi siempre en las calles, en las plazas y en las habitaciones de los enemigos de la república. Durante estas siniestras noches, el opulento mueble de Saint-Clair, la plaza de Bellecour, el puerto del Temple, la calle Merciere, inmensa avenida, atestada de riquezas fabriles y comerciales, se incendiaron trescientas veces con la explosión de los proyectiles, devorando en su incendio los millones del producto del trabajo de Lyon y enterrando en las ruinas de sus fortunas á millares de habitantes.

Aquel pueblo aterrorizado por un momento, no tardó mucho en acostumbrarse á este espectáculo. La atrocidad de sus enemigos no producía en él mas que indignación. La causa de la guerra, que no era si no la de un partido, se convirtió de este modo en una causa unánime. El crimen del incendio de Lyon, fué á los ojos de los ciudadanos el sacrilegio de la república, y no comprendían ningún acomodamiento posible con aquella Convencion que tomaba el incendio por auxiliar, y que quemaba á la Francia para someter una opinion. La poblacion en masa se armó para defender sus murallas hasta la muerte. Despues de haber sacrificado sus hogares, sus bienes, sus casas y sus riquezas, poco les costaba ya sacrificar sus vidas. El heroísmo se convirtió en una costumbre del alma. Las mugeres, los niños y los ancianos se habituaron en pocos dias al fuego y á la explosión de los proyectiles. Tan pronto como una bomba describía su curva sobre un cuartel ó sobre un tejado, echaban á correr, no para huir sino para apagarla, arrancándola la espoleta. Si lo conseguían jugaban con el proyectil apagado y lo llevaban á las baterías de la ciudad, para devolverlo á los enemigos; si llegaban tarde se arrojaban al suelo, levantándose cuando había estallado el proyectil. Los socorros contra incendios estaban organizados en todas partes, y el agua de los dos ríos corría de mano en mano por una inmensa cadena de personas hasta la casa incen-

diada. La poblacion entera estaba dividida en dos pueblos, uno que combatía en las murallas, el otro que apagaba los incendios, llevaba á las avanzadas las municiones y los víveres, trasportaba los heridos á los hospitales, curaba á los enfermos y enterraba los muertos. La guardia nacional mandada por el intrépido Madinier contaba treinta y seis mil bayonetas. Contenia á los jacobinos, desarmaba á los clubistas, hacia ejecutar las requisiciones de la comision popular y enviaba numerosos destacamentos de voluntarios á los puestos mas amenazados. Precy, Virieu y Chenelette, presentes en todas partes, atravesaban continuamente la ciudad á caballo, para combatir de un rio á otro, yendo del campo al consejo y del consejo al combate.

La comision popular, presidida por el médico Gilberto, girondino ardiente y animoso, no vacilaba ni ante la responsabilidad, ni ante la muerte.

Resuelta á vencer ó á sucumbir en la guillotina, habia recibido del peligro comun, el poder que ejercia con el concurso unánime de todas las voluntades. La autoridad es hija de la necesidad. Todo el mundo cede sin murmurar á lo que dispone la autoridad en un pueblo sitiado.

XXX.

Los jacobinos comprimidos, desarmados y vigilados, se escondían en los arrabales, se refugiaban en los campos republicanos, ó tramaban ocultamente inútiles complots. En la noche del 24 al 25 de agosto y en medio de la confusion del bombardeo de la plaza de Bellecour, el fuego encendido por manos de una muger, devoró el Arsenal, inmenso edificio construido en las orillas del Saona á la estremidad de la ciudad. Aquella noche vomitó millares de quintales de municiones y desarmó una par-

te de la insurreccion, pero no desarmó ni el brazo, ni los corazones de los lioneses. Los insurgentes hicieron a la luz misma del incendio una salida en número de tres mil hombres que rechazaron las tropas republicanas de las alturas de Santa Fé.

El bombardeo no producía mas que ruinas pero ningun progreso se hacia contra la plaza. La Convencion convenia á Kellermann. Los representantes del pueblo en el ejército acusaban su tibieza y sus contemplaciones. Los sardos aprovecharon su ausencia para reconquistar á la Saboya. Kellermann prestó lo necesaria que era su presencia en el ejército de los Alpes y pidió se le relevase del mando del ejército de Lyon. La comision de salud pública nombró el general Doppett en reemplazo de Kellermann. Doppett habia mandado la vanguardia de Carteaux contra Marsella y estaba acostumbrado á las guerras civiles. Entretanto que llegaba Doppett al campo, se confió el mando á Dubois-Crancé.

Dubois-Crancé era representante del pueblo y teniente de Kellermann, y hacia la guerra con todo el furor que le inspiraba su republicanismo. Noble, pero tráfuga de la causa del rey, Dubois-Crancé queria destruir á Lyon como soldado, pero mas aun como republicano. Veía dentro de sus muros los dos objetos de su odio, la Gironda y el realismo. Imprimió á su ejército, que se engrosaba todos los días, el movimiento y la energia de su alma. La bóveda de hierro y de fuego que cubria á Lyon hacia dos meses, se espesaba cada vez mas. Hizo atacar por el ejército de Reverchon, que bajó para esto de las alturas de Limonest, el puerto del castillo de La Duchere. Defendido por cuatro mil lioneses y por algunos reductos, este punto dominaba el arrabal de Vaise. Al otro día por la noche, bajo un fuego terrible y combinado de todas las baterías, Dubois-Crancé avanzó á la cabeza de tres batallones del Ardeche contra los reductos de los sitiados que cubrian el puente de Oullins

y el de la Muletierre, tomándolos á la bayoneta antes que los trescientos lioneses que los defendian tuviesen lugar de volar el puente. La península Parrache quedó abierta á los republicanos. Las alturas de Santa Fé les fueron entregadas por traicion. El cabo de guardia del reducto principal situó en la noche del 27 de setiembre el centinela avanzado en una posicion desde la cual no podia descubrir nada. Este cabo avanzó hasta los puestos republicanos y reveló la seña de los sitiados. Los republicanos entraron á favor de esta seña en el reducto y degollaron á los que lo guarnecian.

La toma de los reductos de Santa Fé descubrió todas las alturas de Lyon por la parte del Oeste. Precy resolvió hacer un esfuerzo desesperado para volver á apoderarse de aquella posicion: avanzó á la cabeza de sus batallones de preferencia contra los republicanos, fortificados ya en las obras que acababan de conquistar. Rechazado desde luego por el fuego de sus reductos, muerto su caballo, que cayó encima de él, pudo desprenderse, y reuniendo sus tropas cogió el fusil de un soldado, y marchando el primero hácia las piezas, recibió un metrallazo que le hizo arrojar sangre por dos heridas: se le contuvo con un pañuelo, y agitándolo en el aire como una bandera, lanzó sus batallones sobre el enemigo, que huyó, dejando clavadas las piezas y demolidos los reductos.

Pero mientras que Precy triunfaba en Santa Fé y en San Ireneo, el general Doppett, aprovechándose del boquete abierto el dia anterior á sus tropas por la toma del puente de la Muletierre, lanzó sus batallones sobre la avenida de Parrache, tomando los dos reductos que lo defendian, y avanzó en columna fulminante sobre el cuartel del dique del Ródano hasta el centro de Lyon. Las balas de cañon barrian ya el dique del Ródano, cuando Precy informado de la invasion de los republicanos, bajó con los restos de sus batallones de las alturas

de Santa Fé, atravesó el Saona y la ciudad, recibió al paso el puñado de valientes que aun estaban en disposicion de combatir, los formó en columna en la plaza de la ciudad, cubrió la cabeza de la columna con cuatro piezas, desplegó una nube de tiradores en los terrenos bajos de Parrache para proteger su flanco derecho, y desembocó al paso de carga sobre la calzada para rechazar al ejército republicano ó morir.

XXXI.

Los soldados de Doppett esperaban el ataque: el campo de batalla era una calzada de veinte y cinco toesas, entre el Ródano y el pantano de Parrache. No había maniobra posible. La victoria era del partido que se obstinase mas en querer morir. Las baterías republicanas, situadas, una sobre la orilla izquierda del Saona y las otras en la calzada, batian en tres direcciones á la columna lionesa. Aquello era un infierno de metralla. Las primeras compañías fueron destruidas por completo por este volcan de fuego. Precy, pasando por encima de los cadáveres, se precipitó con los mas valientes de sus voluntarios sobre los batallones republicanos que sostenian la batería del frente. El choque fué tan terrible y el furor tan encarnizado, que las bayonetas se rompieron en los cuerpos de los combatientes sin arrancarles un grito, y los republicanos precipitados y envueltos en los fosos que ciñen la calzada, no quisieron aceptar el cuartel que les ofrecieron dejándose matar hasta que no quedó uno de ellos.

Prosiguiendo Precy su victoria, rechazó la columna desbandada de Doppet hasta el puente de la Muletierre. Los republicanos no tuvieron apenas tiempo de cortarlo despues de haberlo pasado y se replegaron en Oullins.

Lyon respiró algunos dias, pero Precy perdió en esta victoria la flor de su juventud lionesa. Las fatigas, el fuego, la muerte y los heridos redujeron á tres mil combatientes los defensores de tan vasto recinto. No se separaban de una brecha sino para volar á otra, dejando en todas partes lo mas puro de su sangre. Las baterías del general de la Convencion Vaubois, enrojando las balas en hornillos que hicieron traer de Grenoble, no dejaron una hora de descanso en la ciudad ni un abrigo á los heridos y á los moribundos. En vano, como para reclamar que se siguiese allí la costumbre de todas las plazas sitiadas en que no se hace fuego sobre los asilos consagrados á la humanidad, Lyon habia enarbolado una bandera negra sobre su hospital, monumento admirable de arquitectura y de caridad; los artilleros de la Convencion acribillaron á balazos las paredes y bóvedas de aquel asilo de la humanidad doliente. Las bombas al reventar en las salas enterraban á los heridos bajo las bóvedas á donde se habian refugiado para salvarse. El curso de los dos rios y los caminos que servian para llevar víveres á Lyon estaban cerrados por todas partes. Los víveres y las municiones estaban agotados, ya se comian los pocos caballos que les restaban, y se fundian balas con el plomo de los edificios. El pueblo murmuraba al morir viendo que su muerte era ya inútil. Los socorros que se lisonjaban recibir de la Saboya y de Italia, habian sido enterceptados por el ejército de Kellermann, en los Alpes. Carteaux habia pacificado á Marsella. El incendio que Lyon se habia prometido propagar con su ejemplo en el corazon de la Francia, se habia sofocado en todas partes y no devoraba mas que sus muros. La ciudad entera no era sino un campo de batalla, lleno de los escombros de sus edificios y de los restos de su poblacion. Un asalto la entregaria al furor de un ejército de cien mil paisanos irritados y sedientos de pillage, y podia á cada instante entregar las mugeres, los niños,

Los ancianos, los enfermos y todo lo que hay de mas sagrado en el hogar de una ciudad al ultraje, á la carnicería y á la muerte. El hambre contaba las horas y morían contándolas. Ya no habia alimentos mas que para dos dias y aun eso disputándose los hombres á los caballos. Habia cesado la distribucion de media libra de avena disuelta en agua. Couthon y Maignet dirigian á los lioneses intimaciones moderadas é insidiosas. La comision popular las comunicó á las secciones reunidas, y estas nombraron diputados que fueron al campo de Couthon para conferenciar con los generales y con los representantes. Estos concedieron quince horas de término á la ciudad para dar tiempo á aquellos de sus defensores que mas se habian comprometido de proveer á su seguridad.

XXXII.

Precy reunió en la noche del 8 al 9 de octubre á sus compañeros de gloria y de desgracia. Les anunció que habia llegado la última hora para Lyon; que á pesar de las promesas de Couthon, el terror y la venganza entrarían al dia siguiente en la ciudad con el ejército republicano, y que ninguno de aquellos á quienes sus funciones, su uniforme, sus armas y sus heridas señalasen como principales defensores de la ciudad, se levantarían del resentimiento de la Convencion y de las delaciones de los jacobinos. Añadió que en cuanto á él, estaba decidido á morir como soldado y no como víctima; que saldría aquella misma noche de Lyon con los últimos y mas valientes ciudadanos, que burlaría la vigilancia de los campamentos republicanos atravesándolos por el punto en donde menos se le esperase, y remontando la orilla izquierda del Saona por el camino de Macon al llegar á la altura de Montmerle, atravesaría el rio, se ar-

rojaria al Dombé, pasaria por retaguardia del campo de Dubois-Crancé, á Maximieux, y llegaría á las fronteras de Suiza por las gargantas del Jura. «Que los que quieran probar conmigo esta última fortuna del soldado, añadió, se hallen con sus armas y con lo que tengan en mas estima antes de amanecer en el arrabal de Vaise, para seguirme. ¡Yo pasaré ó moriré con ellos!»

Aquella noche fué una agonía mortal para la ciudad. Toda se pasó en deliberar en el seno de las familias sobre el partido mas seguro que podían tomar para salvarse al otro dia. La permanencia en Lyon, tenia perspectivas siniestras, la salida ofrecia peligros ciertos. Dos mil hombres solamente, casi todos jóvenes, nobles realistas ó hijos de las mas distinguidas familias de Lyon, se encontraron al rayar el alba en el lugar de la cita dada por Precy. Trescientas ó cuatrocientas mugeres, madres, esposas ó hermanas de los fugitivos cargadas con sus niños de pecho ó conduciéndolos por la mano, acompañaban á sus maridos, á sus padres y á sus hermanos, refugiándose en la columna para participar de sus peligros. Esta multitud confusa ahogaba su llanto temeroso de llamar la atención del campo de la Duchere.

XXXIII.

Mientras esta masa se reunía lentamente bajo los frondosos árboles de un parque llamado el bosque de la Claire, algunos centenares de combatientes asistían en una cueva inmediata á unas honras fúnebres en honor de sus hermanos muertos en los combates, y de los que iban aun á morir de entre ellos. El general Virieu cuyo valor se fortificaba por la fé recibió allí la comunión, viático de su último dia. Cuando todos estaban reunidos, Precy colocado sobre una cureña, arengó á su tropa: «Estoy

satisfecho de vosotros, les dijo, ¿pero vosotros lo estais de mí? Los gritos unánimes de, viva nuestro general le interrumpieron. «Habeis hecho, continuó Precy, todo lo que humanamente era posible por vuestra desgraciada ciudad. No ha dependido de mí que se salvase libre y triunfante. Depende ahora de vosotros el volverla á ver dichosa y próspera. Acordaos que en unos apuros como los que nos encontramos, no hay salvacion sino en la disciplina y en la unidad del mando. No os digo mas; porque el tiempo urge y el dia se acerca á toda priesa. Fiad en vuestro general.—Viva Lyon,» respondió la columna como despidiéndose de sus hogares abandonados.

Precy dividió aquel cuerpo de ejército, ó por mejor decir, aquel convoy fúnebre en dos columnas: la primera de mil y quinientos hombres precedida de cuatro piezas de artillería, mandados por él, y la segunda de quinientos, á las órdenes del conde de Virieu, en la que iban las mugeres, los niños y los ancianos desarmados, entre filas.

A la salida del arrabal del Vaise, cinco baterías republicanas, sostenidas por algunos batallones emboscados detrás de las paredes y vallados batieron á los lioneses. Precy ordenó á los granaderos que les atacasen á la bayoneta. Uno de sus mejores oficiales llamado Burtin de la Riviere que le servia de ayudante de campo, se lanzó á la cabeza de la columna, «granaderos adelante, exclamó.» Los granaderos obedecieron, pero en el momento en que la Riviere les enseñaba el enemigo, una bala de cañon le rompió un brazo y abriéndole el pecho le arrojó muerto á los pies de su caballo. La columna titubeó: Precy reunió dos compañías del centro, inflama su ardor y franquea á su cabeza un barranco de fuego, rechazando con su atrevimiento á mucha distancia á los republicanos. Mientras que él combatía, la columna pasó, y Precy pudo reunirse luego con ella, protegido por sus baterías.

A favor de esta diversion, la columna salió del desfiladero y se deslizó por debajo de las colinas escarpadas que ciñen el Saone hasta las gargantas de Saint-Cyr. Precy pasó con felicidad estas gargantas. Marcharon ya con mas seguridad en un espacio abierto y libre. Virieu y su columna iban á entrar á su vez en el desfiladero de Saint-Cyr, cuando ocho mil quinientos hombres, mandados por el representante Reverchon, cayeron sobre él, cortaron su columna, precipitaron en el Saone ó fusilaron en los caminos hondos y en las viñas, á todos los que la componian y no perdonaron ni hombres ni niños ni mugeres; todos perecieron al filo de las bayonetas de los republicanos. La carnicería fué tan completa que nadie pudo conocer la suerte de Virieu. Un dragon del ejército republicano aseguró haberle visto batirse como un héroe contra muchos ginetes y rehusando todo cuartel, y precipitarse con su caballo cubierto de sangre en el rio. No se halló rastro de su cuerpo ni de su caballo ni de sus armas en el terreno. Esta desaparicion repentina y esta ausencia de todo vestigio hicieron esperar á la condesa de Virieu que tambien huía disfrada de labradora, que su marido habia escapado de la muerte: obstinada en su ternura y en su esperanza erró algunos meses por las cercanías para descubrir sus huellas y esperó inútilmente por muchos años la vuelta del muerto creyendo que no lo estaba.

Precy haciendo frente alternativamente con sus piezas á la caballería y á los tiradores del cuerpo de Limonest que lo fusilaban por los flancos, y á los batallones que le

cerraban el paso, atacó por último á la bayoneta una batería republicana que dispersó y pudo entrar con su columna en el bosque de Alix. La orilla izquierda del Saone estaba erizada de tiradores, y era imposible pasar el río; no habia mas medio de libertar aquel ejército que dispersarlo por las montañas del Forez. Entre aquellas poblaciones religiosas, realistas y contra-revolucionarias, en aquellos parages cortados por torrentes y por bosques, el pequeño ejército de los lioneses sublevaria al pais, ó encontraría al menos asilo ó los medios de fugarse individualmente. Precy reunió su tropa en consejo de guerra y los comunicó su resolucion que fué combatida con obstinacion por una parte de sus compañeros que no veian su salvacion sino pasando al otro lado de los Alpes. Armóse entónces un altercado terrible entre los dos partidos, pero en lo mas recio del debate se oyó tocar á rebato en todas las aldeas vecinas y los paisanos cercaron el bosque. La mitad del ejército abandonó á su general, pasó el Saone y pereció al otro lado. Precy, seguido solo de trescientos combatientes, abandonó los cañones y los caballos, salió del bosque de Alix, se alejó del Saone y marchó por espacio de tres dias de combate en combate, sembrando el camino de rezagados, de heridos y de muertos. Acosados los fugitivos por los habitantes del pais, perseguidos por la caballería lijera de Reverchon, y á cada instante á punto de ser envuelto, aquellos restos de los diez mil combatientes que habian sido al empezarse el sitio llegaron en número de ciento diez á la cima del monte de San Roman, meseta elevada y defendida por barrancos y malezas. El círculo se estrechaba á cada momento. En algunas cabañas encontraron aun viveres. Los parlamentarios republicanos, admirando su intrepidez y sintiendo su suerte, les ofrecieron una capitulacion en que se aseguraba la vida á todos menos al general. Sus valientes compañeros rehusaron separar su suerte de la suya. Precy los abrazó á todos por última vez, se quitó su uniforme

de general, rompió su espada, soltó á su caballo y deslizándose por entre los matorrales conducido por dos soldados se internó en unas cavernas inaccesibles cubiertas por un bosque de pinos. Apenas se habia separado Precy de su ejército, cuando se presentó en la avanzada un oficial de húsares de los republicanos: «Entregadme á vuestro general y os salvais,» dijo al jóven Reyssié ayudante de campo de Precy y uno de los héroes del sitio. «No está entre nosotros, respondió Rayssié, y si quereis una prueba de ello, mirad á su caballo que padece en libertad detrás de nosotros.—Tú me engañas, replicó el oficial tirando del sable, el general eres tú y te hago prisionero.» A estas palabras, Reyssié cansado de la vida deshizo la cabeza de un pistoletazo al oficial republicano, y poniéndose en la boca el cañon de otra pistola, se levantó la tapa de los sesos y cayó muerto sobre el cuerpo de su enemigo. Al ruido de esta doble detonacion, los republicanos caen sobre los restos del ejército lionés y los degüellan sin piedad, escapándose apenas algunos soldados, que lograron ocultarse entre la maleza. Reyssié y el oficial que él habia muerto fueron enterrados por los paisanos en un mismo hoyo.

XXXVI.

Entretanto, informado Precy por dos de aquellos soldados fugitivos de la inutilidad de su sacrificio y del degüello de su ejército, anduvo errante tres dias y tres noches sin tomar alimento y sin abrigo, en medio de los bosques y en los barrancos de aquellas montañas. Sus dos últimos compañeros no le abandonaron: el uno de ellos natural de la cabaña de Violay, á la orilla del Saone, consiguió conducirle en tres noches de marcha hasta un bosque inmediato á la cabaña de su padre: allí lo man-

tuvo algunos días con el pan que sustraía á su indigente familia que no sabia nada de todo esto, hasta que pudo proporcionarle un traje de labrador. Cuando al fin la noticia de la muerte de Precy se acreditó en Lyon y cuando disminuyó el ardor de las pesquisas, el general consiguió refugiarse en Suiza atravesando las gargantas del Jura. Precy pasó la frontera con dos soldados unicos restos de la inmensa insurreccion civil de la ciudad que la república rechazaba de su seno como bien pronto iba á rechazar los restos de la coalicion de los reyes.

Precy fué acogido con respeto en el destierro, y no volvió á su patria sino con los Borbones, envejeciendo sin recompensa y sin honores bajo su reinado, porque las córtes no quieren sino á los cortesanos. No habia combatido á la república, sino á sus escesos, y habia conservado los colores de la nacion en sus banderas, como soldado de la nacion y no de una familia, fué olvidado. Los príncipes y los hombres son de tal naturaleza, que aprecian mas á los que participan de sus faltas, que á los que sirven sus intereses. Nadie se acordó de Precy, sino despues de su muerte. Lyon le hizo unas magnificas exéquias en la misma meseta de Brotteaus, regada con la sangre de sus compañeros de armas, enterrándole al lado de los restos de aquellos héroes del sitio. Sus restos mortales descansan allí en el sitio de su gloria. Las guerras civiles no premian sino con sepuleros.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Págs.

Contemporiza Dumouriez.—La Bélgica.—Danton.—Sus planes—Descontento de Dumouriez.—Sale de Bruselas.—Va á Paris.—Medita la conquista de Holanda.—Vuelve á Bruselas.—Orden de la Convencion.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enémgigos.—Rumores sobre su defeccion.—La familia de Orleans.—Comisionados al campamento de Dumouriez.—Llamamiento de Dumouriez.—Se niega á obedecer.—Entrega los comisionados á los austriacos.—Defeccion.—Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga. 5

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior.—Marat.—Organizacion de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Asignados.—Consideraciones.—El máxi-